

el mortero y la piedra en grandes cantidades. Cierta que G. Rohlfs encontró las chozas ó casas de la ciudad de Sokota mejor edificadas que las de los alrededores, pero á pesar de ello pudo observar que las mejores de entre las mismas no eran comparables con las cabañas de los negros del Africa central. En toda Abisinia no se ve una edificación uniforme como la hay en Uganda, por más que la forma circular, las vallas concéntricas y otros detalles de las viviendas acusen cierta semejanza fundamental que llega hasta muy adentro del Sud de Africa. Esta uniformidad se nota más en las chozas de ramujos de los territorios bajos, lo cual no significa que no presida también en la edificación de las comarcas montañosas este estilo rústico y fugaz. La forma predominante es la circular y de ella nos ofrece una muestra la ciudad de Ategerat, en donde comúnmente se levantan dos muros concéntricos que sostienen el techo de paja impermeable: la pared exterior tiene una puerta, la interior cuatro, tres de las cuales dan acceso al espacio que entre las dos paredes sirve de almacén de provisiones. En el centro del interior hay el hogar y junto á éste la piedra para chafar el grano; el suelo está cubierto de paja de junco y en él hormiguean los insectos. El resto del mueblaje se reduce á unas pocas esteras y cacharros y á lo sumo á una cama de cañas ó de tiras de cuero. En la misma ciudad encontró Ruppell un palacio de Sabagadi, que á pesar de ser indudablemente en aquel entonces uno de los más grandiosos edificios de Abisinia era simplemente una granja con una puerta de dos hojas, sin ventanas, y de 30 metros de largo por 10 de ancho y otros tantos de alto; todo su mueblaje consistía en algunas esteras y en un banco de madera echado en el cual daba el príncipe audiencia. Del dormitorio, pequeño cuarto octogonal con tres ventanillas, arrancaba un corredor que conducía á la choza de la favorita de Sabagadi. El palacio se alzaba en el centro de un espacio rodeado de una valla de forma elíptica. A menudo vense atados en las habitaciones de los magnates caballos ó acémilas en cuya compañía duermen aquéllos y para los cuales hay á veces compartimientos especiales. En la montuosa comarca de Simen las cabañas son todavía más sencillas, consistiendo en chozas circulares de paja levantadas en el centro de un seto de espinos que las protege contra las fieras. Son notables las cabañas de Halai que nos describe Salt: sus techos planos forman una sola línea con las vertientes de la montaña y tienen una ventana que es la chimenea, único signo por el cual pueden distinguirse las viviendas desde arriba miradas. Estas mismas ventanas chimeneas aparecen también en las grandes cabañas que en Sanafe, por ejemplo, son de piedra y de forma rectangular y contienen un patio cerrado por un peristilo para el ganado y en el fondo una porción de habitaciones iluminadas tan sólo por aquellas chimeneas que atraviesan el techo: en las paredes hay puestas á secar infinidad de tortas hechas con excrementos. Estas viviendas recordaron á Ruppell el plano de los antiguos templos egipcios. Además, la abundancia de cavernas que caracteriza al país montañoso hace que el trogloditismo no sea un hecho raro, de modo que Bruce tenía razón cuando hablaba de trogloditas abisinios.

La escasa población y la accidentada superficie del terreno son poco favorables para la formación de grandes ciudades. Alvarez que residió seis años en Abisinia (1520 á 1526) dice: «En todo el país no hay una ciudad con más de 1.600 habitantes y aun las que alcanzan esta población son muy contadas, en cambio las aldeas abundan de una manera considerable.» Las mismas aldeas grandes son una rareza; así en toda la provincia de Simen sólo se ven gru-

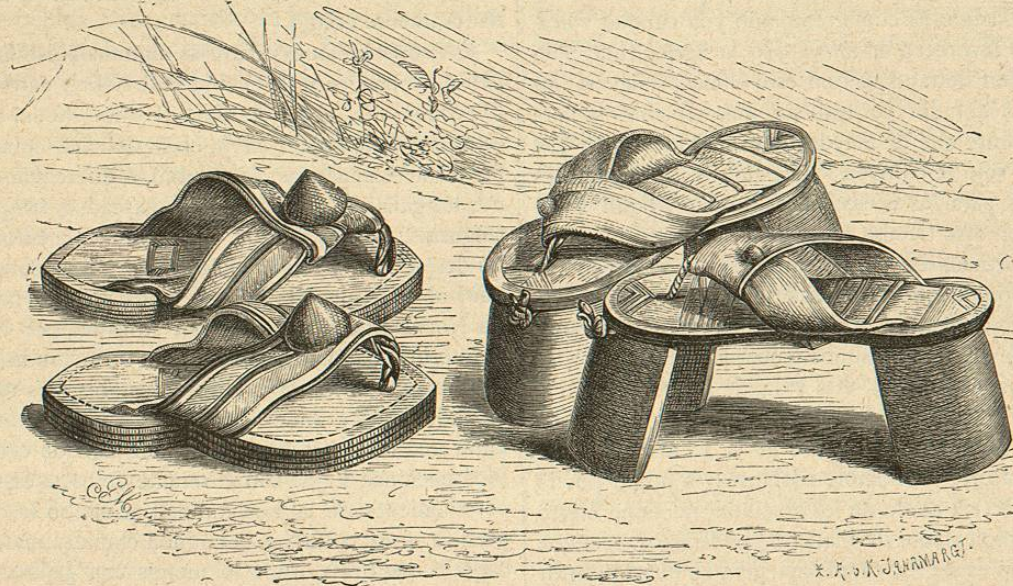
pos de 20 á 30 cabañas, algunos casi contiguos, como sucede en Angetkat que se compone de seis. Esto indica el bajo nivel á que se encuentran el comercio y el tráfico que son en realidad los que reúnen á los hombres en grandes residencias que luego crecen por sus propias fuerzas, atrayendo y conservando cada día nuevos elementos. Gondar, la tan renombrada capital que hace 250 años fundó el emperador Fasildas y por cuya posesión tanto se ha luchado, consiste en algunos grupos de casas separados por grandes llanuras cubiertas de ruinas y de cañaverales: no hay en ella valla, ni muro, ni otra defensa, y aunque en algunas partes de la misma las chozas aparecen más unidas, cada una de éstas está rodeada si no de un huerto de un patio formándose así estrechas y tortuosas callejuelas que pueden cerrarse por medio de puertas especiales. El sistema de construir las cabañas es el mismo de Ategerat, á saber: dobles paredes cilíndricas hechas con piedras sin desbatar y con limo por mortero, y un techo cónico de paja. Como en todos los países en donde domina la semicultura, las ruinas son aquí eternas compañeras de lo nuevo ó de lo no destruído. En tiempo de Ruppell (1830) la plaza del mercado, á la vez plaza del palacio, estaba casi por completo rodeada de chozas arruinadas y la iglesia más grande y más hermosa de Gondar, ciudad que tenía, al decir de Heuglin, 44 templos y 1.200 sacerdotes y cuya población se estimaba en 6.000 habitantes, levantábase también en medio de ruinas. Ya hemos citado la opinión de Rohlfs acerca de las *casas* de Sokota, que con sus 4 ó 5.000 almas es una de las más importantes plazas de Abisinia. Los barrios especiales de los mahometanos que suelen ser los más limpios y los mejor cuidados y los de los judíos aumentan la impresión de falta de orden que producen las ciudades abisinias. A todo esto hay que añadir los cambios que experimentan las ciudades de este país, tan abundante en luchas y en guerras, habitadas por una población sedentaria á la fuerza ya que en realidad son de nómadas sus instintos. La historia de estos territorios contiene ejemplos de impulsos hacia las mejoras, pero sobre ser simples impulsos pertenecen generalmente á tiempos pasados, como por ejemplo á la época en que la influencia portuguesa estaba en todo su vigor (siglos décimosexto y décimoséptimo): entre ellos podemos citar el grandioso acueducto que surte de agua á la iglesia de Fasildas en Gondar, y el *Gemp* ó palacio de la propia ciudad de construcción maciza, con muchas torres, con altas y cimbradas ventanas, puertas y espaciosos vestíbulos. Estas construcciones datan de los citados siglos ó son debidas á las excitaciones y estímulos de los portugueses. En las últimas décadas nada se ha construído en Abisinia que pueda compararse con aquellas obras: lo grande yace casi todo en ruinas y lo nuevo dista mucho de ser grandioso.

Durante el último siglo, obreros europeos ó levantinos levantaron en algunas ciudades palacios y otras obras análogas que elevaron el carácter arquitectónico general. Antiguamente carecía el emperador de residencia fija: «El sacerdote Juan — dice Alvarez — no tenía residencia fija y andaba de un lado á otro con sus tiendas, de las cuales había en su campamento, además de las usuales, cinco ó seis que reunían buenas condiciones.» Análoga existencia llevó, aun en nuestro tiempo, el rey Teodoro que cambiaba frecuentemente de residencia estableciéndose ora en Gondar ora en Debra, ya en Debra Tabor ya en Magdala, etc. Por otro lado el campamento del emperador abisinio no es más que una residencia ambulante.

Los templos cristianos de Abisinia pertenecen á diversos estilos arquitectónicos según la época de su construcción:

allí donde se han encontrado iglesias de distintas edades, como en Lalibala, tan rica en templos, se observa gran diferencia entre las antiguas iglesias, muy parecidas á las cristianas de otros países, especialmente por la sencillez de su altar mayor completamente descubierto, y las nuevas, incluso en las que cuentan dos siglos de existencia, cuyo altar mayor separado del resto del templo por una pared acusa la influencia del judaísmo sobre el cristianismo abisinio. Las iglesias más sencillas de las montañas son chozas iguales á las demás sin otra diferencia que las dos piedras planas (fonolitos) que en vez de campanas cuelgan de un viejo y copudo árbol cercano ó de un andamio y que se golpean con una baqueta. Según G. Rohlfs, hay en Lali-

bala una iglesia á cuyo alrededor crecen olivos traídos de Jerusalén. En Abisinia, sólo las iglesias ricas poseen campanas que están colgadas en un pabellón especial. Los grandes templos son á menudo simples chozas redondas cubiertas de paja, iguales á la mayoría de las que sirven de viviendas, y con una galería exterior circular para las mujeres no casadas eclesiásticamente, que son casi todas; en el altar mayor, cercado por cuatro paredes y mirando á Oriente, sólo pueden penetrar los sacerdotes. Casi todos los templos pequeños tienen en la fachada occidental dos aberturas con sus puertas que besan los fieles al penetrar en el sagrado recinto, y los grandes afectan generalmente la forma de cruz equicrural, siendo frecuentes en ellos los



Sandalias y zancos del Sudán occidental (mandingos?) (Museo británico y Colección de la Church Missionary Society, Londres).

peristilos en el exterior y las columnatas en el interior. Tampoco faltan en este país aquellas admirables iglesias-monolitos labradas en la roca viva de las cuales las más bellas son las de Lalibala. Hace algunos siglos que no se construyen iglesias de esta clase y como las edificadas son generalmente de piedra blanda, de aquí que en la actualidad corran rápidamente á una pronta ruina. Un rasgo característico de las mayores iglesias abisinias son unas pequeñas ventanas en las cuales hay clavada una cruz de piedra. Los templos importantes, que á menudo poseen grandes riquezas en inmuebles, tienen objetos de culto preciosos que ninguna iglesia católica europea se desdenaría de usar (véase el grabado de la pág. 261): el principal de todos ellos, el trono sobre el cual se bendicen el pan y el vino y que representa el Arca de la alianza de los judíos, es objeto de gran veneración en toda Abisinia y sólo pueden tocarlo los sacerdotes ordenados. En las fiestas religiosas solemnes llevan los sacerdotes unos yelmos á modo de coronas hechos con láminas de oro ó de plata: los emperadores abisinios solían regalar ó legar en testamento á los templos sus coronas que ahora sirven de adorno á los sacerdotes y de las cuales las mejores se llevan envueltas en una funda de terciopelo.

La misma falta de un estilo determinado que notamos en el plan fundamental y en la construcción de los templos abisinios la encontramos en los objetos que los adornan. Las paredes, las puertas y las vigas transversales están á menudo cubiertas de figuras y de pinturas ornamentales, y en ninguna puerta de entrada falta el ángel de tamaño natural que los devotos besan con gran respeto cada vez

que penetran en la iglesia: todas estas obras nos recuerdan los más toscos trabajos bizantinos. En algunos templos privilegiados de Gondar y de otras ciudades hay azulejos de porcelana, lámparas de latón y de cristal (ni la lámpara perenne ni la pila de agua bendita forman parte de los objetos del culto de las iglesias abisinias) y otras cosas análogas, pero todas son importadas del extranjero y en su mayor parte fabricadas por obreros egipcios, levantinos y aun europeos á quienes ya en anteriores siglos vemos al servicio de los soberanos abisinios amantes del lujo. En estos objetos aparece patente la conexión entre el cristianismo abisinio y el oriental: ya Gaspar Correa nos dice que los abisinios en sus breviarios de pergamino tenían imágenes de santos grabadas sobre papel y procedentes de Jerusalén y hasta de Roma.

El pueblo abisinio es esencialmente agricultor y ganadero; pero esta agricultura es limitada pues, parte por pereza, parte porque los soldados ó los presidentes se apoderan de los sobrantes, nadie cultiva más terreno del indispensable para el sustento de su familia, de suerte que en punto á bienestar agrícola algunos pueblos negros del centro de Africa están en mejores condiciones que los abisinios. El cultivo, pues, se halla en un estado verdaderamente primitivo por más que se cite como una gran conquista de la civilización de este pueblo el arado (*achras*), largo palo con dos dientes verticales en un extremo (uno de ellos forrado de hierro para abrir la tierra) y con un pequeño bastón conductor en el otro: á este instrumento van uncidos dos bueyes que tiran de él sin regularidad alguna. Los campos de cereales parecen diseminados casualmente por el suelo y ofrecen hoy en día el mismo aspecto que hace 300



años cuando Alvarez decía de ellos: «En los campos siembran en algunos lugares unas pocas medidas de cebada é igual cantidad á un tiro de flecha de distancia, y así están desparramados los sembrados de todas las aldeas.» El arado influyó tan poco en el perfeccionamiento de la agricultura que ni aun en las comarcas más peñascosas se quitan las piedras de los campos. El abono es aquí desconocido; por esto hay que cambiar anualmente de campo y por esto también sólo se obtiene, á pesar del clima, una cosecha cada año. El arar es tarea propia de los hombres, la recolección y la trilla, de las mujeres, que arrancan primero las mieses en sazón y luego las vorean en las eras con pequeños palos: para la siega usan una hoz dentada. En el país elevado el cereal que más se cultiva es la cebada, pero también se produce allí el trigo. El clima templado y la calidad volcánica del suelo favorecen en alto grado la agricultura, pues rara vez quedan defraudadas en este clima primaveral las esperanzas del labrador; por esto son más sensibles la falta de un sentimiento que dé mayor intensidad al cultivo y el hecho de que sólo se cultiven los cereales y las legumbres indispensables para las necesidades del año. Algún soberano intentó en otro tiempo almacenar las provisiones robadas á los particulares, pero siempre se equivocó en sus cálculos, siempre se quedó demasiado corto siendo consecuencia de ello el hambre. Aunque los aperos de labranza y el sistema de cultivos abisinios recuerdan el sistema y los aperos egipcios, esta apatía, esta vida de imprevisión acusan un gran retroceso respecto de lo que se acostumbraba á hacer en Egipto cuatro mil años atrás. El arado forrado de hierro constituye un notable adelanto y á juzgar por lo que dice Bruce («el arado de los abisinios no tiene hierro sino que es simplemente de madera») podríamos creer que esta innovación es de reciente fecha; pero en nuestro sentir ese dato sólo se refiere á relaciones locales, cabiendo afirmar que el arado de hierro data de muy antiguo.

A pesar de las excepcionales condiciones de los territorios elevados, la ganadería desempeña un papel muy secundario en Abisinia: en las tierras bajas la dificultan los períodos de sequía que agostan por completo los pastos: prevenir estas contingencias haciendo buenas provisiones de heno no se le ocurre allí á nadie, prefiriendo los ganaderos abandonarse al nomadismo que les lleva desde las regiones bajas á las altas por las cuales avanzan á medida que aumentan las lluvias. La diferencia del tiempo en que empiezan las lluvias en los territorios altos y en los bajos obliga á los habitantes del Este de Abisinia especialmente á emprender expediciones que se repiten todos los años ora hacia los montes ora hacia los valles haciéndoles á veces recorrer grandes extensiones: de estas expediciones forman también parte los agricultores.

De una de estas tribus seminómadas que encontró en el camino de Massuah á Gondar hace Rohlf's la siguiente descripción: «Algunos claros recientemente practicados en el bosque por medio del incendio indicaban que los achumas querían confiar su durra á este suelo: no son, pues, nómadas puros, es decir, hombres que sólo viven de la ganadería sino que cultivan por sí mismos sus cereales puesto que sus rebaños, según ellos mismos decían, no bastan para vivir exclusivamente de ellos. Ya se comprenderá que hacen la vida nómada, es decir, apacientan sus ganados en determinados territorios. Su situación es en extremo desagradable porque han de pagar sus tributos al Naib y al gobernador de Hamasén, sin contar con que uno y otro les oprimen á menudo con nuevos y arbitrarios impuestos.» La ganadería es ocupación principal de hombres; los niños conducen al ganado á los pastos y sólo los hombres ordeñan y matan

las reses. Durante la noche los rebaños de bueyes permanecen dentro de cercados próximos á las aldeas y de día se les saca al campo, pues allí es cosa desconocida dar comida al ganado dentro de los establos. Los principales productos de la ganadería son las pieles y la manteca; la fabricación del queso no existe y en cuanto á la carne es preferida la de vaca á la de buey. Los bueyes son uncidos al arado y raras veces se les utiliza como acémilas. La oveja es con el buey el animal del cual se saca más provecho; su piel sirve para el vestido, su lana para la confección de gorras y mantas y su cuero es empleado para muchas cosas: la carne y la grasa del carnero constituyen dos de los más comunes alimentos. La oveja de Dewelo de finísimos vellones es, quizás, el único animal doméstico abisinio cuidadosamente criado.

Por supersticiones religiosas algunos abisinios se abstienen de comer carne de cerdo y de liebre, pero fuera de estos comen de todos los animales domésticos: también les está prohibido comer cierta clase de caza, como por ejemplo las aves acuáticas; en cambio, á diferencia de sus vecinos los gallas, no desdennan los pescados; tampoco comen langostas, á pesar de que los fervientes mahometanos no las desprecian, y son muy aficionados á la carne cruda de buey al paso que los mahometanos sólo la comen cocida. La Noche Buena se celebra en Abisinia, por lo menos en el interior, matando un buey cuya carne cruda devoran todos los habitantes de la aldea. Los abisinios son muy aficionados á los grandes banquetes, en los cuales no puede faltar una cantidad exorbitante del jugo de cebada, la bebida nacional, y que son el remate de todas las fiestas ó el coronamiento de la hospitalidad. Cuando la abundancia preside en estas fiestas, la comida empieza matándose una cabra ó una oveja ó por lo menos una gallina cuya carne comen los convidados cruda ó ligeramente asada. Cuando comen juntos cristianos y mahometanos uno de aquellos mata el animal destinado á éstos y viceversa. Otro manjar que con la carne constituye la base principal de la alimentación son unas tortas de pan delgadas y arrolladas que se hacen con *Poa Abyssinica* fermentada: un cocimiento de pimienta roja es el condimento indispensable de la carne y del pan. También se consumen tortas de trigo y de judías que, como aquéllas, se hacen triturando el grano sobre una piedra con la mano mojada hasta formar una pasta grosera que luego se amasa por el mismo procedimiento. La fabricación del pan es uno de los principales trabajos de las esclavas ó criadas y á falta de éstas de las mujeres casadas. La hora ordinaria de comer es después de mediodía y por regla general no se hace más que una comida. Para comer los abisinios se agachan y cuando varios comen juntos la primera obligación es servirse recíprocamente. Las personas de elevada categoría y los convidados ilustres no pueden mover las manos sino que sus vecinos de mesa ó los criados han de cuidar de llenarles la boca. Durante la comida no se bebe, pero apenas terminada empiezan á circular las tazas llenas de hidromel fermentada: el amo de la casa ha de derramar en la mano y sorber un poco de líquido de cada taza para demostrar que la bebida no está envenenada ni sucia. Cuando los amos han saciado su apetito y su sed, los criados ocupan sus puestos y tragan todo lo que ha quedado, pues es muestra de cortesía no dejar nada, y al invitar á los convidados á que les cedan sus sitios no siempre proceden con la urbanidad debida. Antes de las épocas de ayuno suelen los abisinios darse grandes hartazgos de carne.

Los abisinios son mejores bebedores que gastrónomos pasando días y noches enteras entregados á sus orgías en

las cuales desempeñan un papel importantísimo el *tetch* y la *merissa*, verdaderas bebidas nacionales. Sólo entre los mahometanos está extendido el uso del café al cual son los cristianos muy poco aficionados. En las bacanales con que terminan todos los banquetes se observan respecto de las bebidas ciertas costumbres que contrastan con las inconveniencias que en todo lo demás caracterizan estas fiestas. Ruppell refiere que estando en casa del gobernador de Simen, presentáronse después de la comida los criados con una cesta llena de botellas de vidrio y de vasos de cuerno, con un puchero de hidromel (*chamer*) para los nobles y con una buena cantidad de cerveza de cebada (*tetch*) para los convidados de humilde condición. El huésped va señalando á sus servidores uno por uno á aquellos á quienes ha de ofrecerse bebida y el agraciado se levanta y se inclina respetuosamente en acción de gracias. Por regla general cada convidado se bebe tres botellas y el que se levanta de la mesa para marcharse anuncia en alta voz al dueño de la casa su propósito de irse, costumbre que también se sigue en las visitas ordinarias. Respecto de las inmoralidades que se cometen en esas orgías, Ruppell cita varios notables ejemplos en su «Viaje á Abisinia.» El vino constituía hace ya 300 años en este país un presente de gran valía. Los sacerdotes son los únicos que no pueden beber vino ni vino de miel.

Los abisinios se dedican á la caza con ahinco y con gran valor: la caza de antílopes con guepardos, la de jirafas y avestruces con caballos y lebreles son uno de sus pasatiempos; en cambio, no se dedican á la caza con halcón. Ruppell encontró en la Abisinia meridional un sistema especial de caza de antílopes: en medio de una llanura en donde éstos solían reunirse colocaban los cazadores unos 50 lazos atados á otras tantas estacas clavando además en el suelo una serie de palitos con una pluma de avestruz en su punta puestos de manera que formaran largas líneas que iban á parar al sitio en que habían sido tendidos los lazos. El movimiento de estas plumas agitadas por el viento llama la atención de los antílopes que no se atreven á huir por el lado en que aquéllas se mueven y entonces los azuzadores les empujan hacia el centro en donde les esperan los lazos y una vez cogidos en éstos les rompen las piernas con gruesos garrotes. Igual sistema se emplea también para cazar avestruces.

En las chozas de Simen cuelgan de las paredes colas de búfalos y trompas secas de elefantes: muchos cazadores no tienen más armas que las lanzas para hacer frente á estos colosos y aun cuando crean comunicarles poderosas fuerzas á copia de oraciones y de conjuros y con la muerte de una oveja encarnada, es indudable que han de tener buena dosis de valor para atreverse á atacar con tan pobre armamento á un elefante. Los animales carnívoros son envenenados y algunos gobernadores recompensan con un poco de cebada ó con algo análogo la presentación de la mano izquierda de una hiena, de un leopardo, etc. Las pieles de león pertenecen al rey, pero el cazador afortunado que logra dar muerte á uno de estos animales recibe una tira de su piel para que con ella adorne su escudo.

La riqueza de peces de los ríos y los lagos abisinios es poco explotada: la misma pesca en las costas que ya desde muy antiguo fué de gran importancia para el comercio de Abisinia por la abundancia de perlas y madreperlas que se recogían, está en manos de extranjeros, especialmente de los danakils. Los pescadores de perlas de Dahalak y de otros puntos de las costas abisinias emplean como buzos únicamente esclavos negros que se adquieren cuando son niños y se educan convenientemente para este oficio. Su

manera de sumergirse es muy primitiva, pues se valen de una piedra atada á los pies y de una cuerda de alarma fijada en el brazo. En Massuah los niños se dedican á otras clases de pesca marítima, empleando para ello unas armadías parecidas á las de *ambatsch* de los nubios (véase el grabado de la pág. 156 del tomo I) en cuyo centro se coloca un niño que con habilidad y rapidez sumas dirige la sencilla embarcación con una percha á modo de remo y en forma de pala hasta alejarse á una distancia de una hora de la costa. Algunas tribus abisinias se dedican á la pesca del cocodrilo á cuya carne son aficionadas.

Gracias á los modelos y á las enseñanzas que los abisinios reciben del Oeste de Africa, de Egipto y en parte también de Europa, su industria está muy por encima de la de los africanos centrales. En otro tiempo producía obras de verdadera belleza y aun en la actualidad llama la atención por los detalles, pero hace mucho tiempo que permanece estancada y en algunas especialidades acusa retroceso. La pereza es un vicio nacional fomentado en cierto modo por la inseguridad de las relaciones políticas y económicas. En la misma Massuah, plaza comercial dotada de vida y civilizada en algunas cosas, llama en alto grado la atención la ociosidad de los indígenas; el trabajo fructífero está casi exclusivamente en manos de extranjeros: extranjeros son los industriales y los grandes comerciantes, quedando para los indígenas únicamente el tráfico al detalle. Las mujeres de esta ciudad pasan casi todo el día en un banco de correas de cuero entrelazadas que durante el día se coloca en las habitaciones y de noche se lleva al patio en donde hace las veces de lecho. Las muchachas se ocupan de cuando en cuando en tejer con hojas de palmera abanico de Yemen, esteras, platos planos, cestas impermeables y los pequeños aventadores que todo el mundo lleva en la época de los grandes calores. Sólo muy de tarde en tarde las solteras libres preparan los manjares: moler harina y amasar pan son tareas propias de las esclavas negras. Lo que llevamos dicho puede aplicarse á los habitantes de las ciudades de las regiones elevadas en donde los ardores del clima no abruma al hombre: entre ellos la ociosidad es la regla general, á lo menos en los cristianos; el comercio al detalle mezclado con la superchería está muy extendido y toda actividad productiva aparece, con muy pocas excepciones, alta de vida y aun en visible retroceso, como sucede con la forja del oro y de la plata. Para comprender cómo el comercio ha adquirido tan gran desarrollo en un país tan poco productivo y tan falto de capital, de buenos caminos y de seguridad pública, es preciso identificarse con la situación que esta ausencia de caminos y de seguridad trae siempre consigo. Ningún comerciante se atreve á transportar mercancías en gran cantidad á causa de los asaltos de que puede ser víctima ni á tenerlas en almacén por miedo á los saqueos é incendios, esto amén de que la falta de capital y de crédito hacen *á priori* imposibles tales aprovisionamientos. Como las frecuentes guerras interrumpen á menudo por tiempo indeterminado las comunicaciones produciendo una carestía aun de los artículos de ordinario consumo que proceden de poblaciones inmediatas, con lo cual pueden sufrir los precios de los mismos una oscilación de 100 por 100 y más en una semana, la compra y reventa de mercancías es, en algunas ocasiones, un verdadero juego de azar que puede reportar ganancias relativamente pingües. En algunos artículos varían los precios periódicamente: la manteca está muy barata después de los períodos de lluvias; la sal, en cambio, resulta muy cara por la dificultad de los transportes. Lo propio sucede con otros muchos artículos que pasan de una mano á otra sólo